**-1-**

Habían pasado ocho años desde que un sueño deslumbrante arrastró a la Orden más excelsa de la tierra a lo que supondría un final de dolor y destrucción nunca imaginado. Cuando desembarqué en Dover, al sentir bajo mis pies el dulce contacto de mi tierra britana, recordé las palabras enigmáticas pronunciadas por aquel viejo ermitaño. Gran Bretaña había dejado de ser verdaderamente mi hogar, apenas reconocía la dulzura de sus bosques lavados por la lluvia. Miré hacia atrás, pero Francia no contaba; ya no. Mahaut y mi pequeña Ida, cuyo recuerdo me dolería el resto de mis días, habían desaparecido de mi vida y jamás volvería a saber de ellas. Reviví de nuevo cada instante pasado junto a la muchacha hasta el vergonzoso abandono. Mi hija no tenía rostro, salvo en mis sueños. Oriente me había dado otra hija de piel dorada y ojos como la noche a la que hice bautizar con el nombre de María, pero supongo que no lo conservó mucho tiempo. Me pregunté de nuevo qué habría sido de ella y de la pequeña esclava que padeció mi insomnio y mi amargura, dónde las habría arrastrado la vorágine de guerra y destrucción. Aquí, en Britania, cobraban un espanto nuevo las imágenes de la guerra, de los asedios, los pueblos arrasados, los niños asesinados yaciendo en los bordes de los caminos polvorientos. Aquí, en Britania, agotada la fuente de mis lágrimas, apurada hasta el fondo mi copa de amargura, carecían de sentido tanto la Búsqueda como el fervor que la había originado; y estos sentimientos blasfemos no me llenaban de remordimiento. Me había unido a ejércitos que sembraban la destrucción en una tierra que nada me importaba, enturbiando las aguas claras de sus pozos y fuentes, torturando y masacrando a sus habitantes. Yo, Roderick de Essex, en nombre de Nuestro Señor, había participado en una orgía de sangre y violencia bendecida y aprobada. Querellas, hipocresía, envidias y mezquindades, luchas abiertas por el poder, eran moneda corriente entre nosotros. Había llegado a convencerme de que todo aquel horror era necesario, agradable a Dios y bueno para mi alma de buen cristiano. No me repugnaban mis manos tintas en sangre, la sangre que goteaba de mi espada, mis pies hundidos en los ríos de sangre en que se habían convertido las calles de aquella ciudad espléndida. Pero aquí, bajo este cielo menos azul, en esta tierra verde y ondulada, me sentí de pronto pequeño y miserable, ajeno a la honra y prez que había ganado, con un secreto que no me pertenecía sepultado en mi corazón. ¡Oh! Ser de nuevo un caballero andante en busca de justas y aventuras. Camelot, Camelot... ¿Seguía existiendo, o era un retazo de un delirio enfebrecido? Lancelot. Arturo. Ginebra. Verlos y tocarlos para convencerme de que eran reales.

 Pedí a mi gente que se adelantara, pues ellos estaban deseosos de abrazar a sus familias y a mí no me esperaba nadie. Solo, como en la época de mi sueño, recorrí lentamente las viejas sendas hasta llegar al castillo de mi infancia. No me atrevía a llamar a sus puertas. Mi padre, mi madre y mis hermanos no habían recibido noticias mías en ocho años, tal vez me daban por muerto, yo a mi vez tampoco había sabido de ellos. Paul debía haber cumplido veintiún años y Robin diecinueve, no era lógico que siguieran habitando la casa de mi padre. ¿Estaría vivo el noble conde? Me eché sobre los hombros el manto de peregrino y bajé el capuchón hasta ocultar mi rostro. Decidí pedir albergue sin darme a conocer y dejar que los acontecimientos transcurrieran como pluguiera a Nuestro Señor. Me dispensaron una buena acogida, sin duda mis ropas eran el mejor galardón a sus ojos. Al descubrir mi rostro, el conde me miró con interés pero sin reconocimiento. Habían pasado demasiados años, sin contar que una barba de varios meses me cubría las mejillas. Ardía un buen fuego en el hogar de la sala grande, ante el que mi padre se sentaba apoyando los pies en uno de sus mastines dormidos. Me indicó un lugar junto a él mientras los servidores iban y venían disponiéndolo todo para la cena. Miré a mi padre intentando retener las lágrimas que me quemaban los ojos: había envejecido mucho, aun cuando conservaba reminiscencias de su antiguo porte. No vi señal alguna de mis hermanos o de mi madre. Mi padre me interrogó sobre mis andanzas, pidiendo detalles de los hechos de armas.

 -¿Mi señor vive solo? -me atreví a preguntar con un temblor en la voz. Temía que él me confirmara la muerte de mi madre o de mis hermanos.

 -No, gracias al Cielo; aunque la desgracia se ha abatido sobre mi casa. Tenía tres hijos varones y Nuestro Señor me ha privado de ellos. Mi primogénito se marchó en una misión sagrada, ¡Bendito sea por ello!, y no volvimos a saber de él. Paul murió hace dos años. Sufrió un accidente en una partida de caza, nada importante en apariencia; pero la infección y la fiebre acabaron con su vida sin apenas darnos cuenta. Estaba prometido en matrimonio a una damisela de la casa de Arturo -aprecié los esfuerzos de mi padre para mantener su compostura y dignidad- Y Robin... Fue víctima de esa espantosa tendencia que liga a caballeros jóvenes con mujeres casadas. La dama tenía otro pretendiente de mayor edad y rango, pero Robin era joven y apuesto y consiguió sus favores. Se enfrentaron en un duelo a muerte en el que mi hijo menor perdió la vida. Esto supuso un golpe fatal para su madre y para mí; Milady ha llevado una vida muy retirada desde entonces, entre su costurero y el oratorio.

 Me clavé las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza que me hice sangre. Lágrimas silenciosas lavaron mi rostro sucio y barbudo. En mi memoria, Paul y Robin seguían siendo niños, niños que jamás crecerían. Aquel hogar otrora lleno de vida se había sumido en un silencio fúnebre, poblado de recuerdos. El conde observó mi llanto con una expresión perpleja en sus ojos. Yo me arrodillé ante él y besé sus manos.

 -Os pido perdón, noble señor. No debería haber entrado en vuestra casa silenciando mi identidad, pero ha transcurrido tanto tiempo... Os lo ruego, miradme atentamente y reconoced en mí a vuestro hijo Roderick.

 Mi padre apoyó sus manos en mis hombros y acercó mi rostro a la luz del fuego. Yo temblaba de emoción y pena y no aparté mis ojos de los suyos. Súbitamente, se puso en pie y gritó el nombre de mi madre mientras se dirigía a la escalera que conducía a sus estancias. Una puerta se abrió y se cerró de golpe, el roce de sus escarpines y el susurro de los pesados ropajes me anunciaron la presencia de mi madre antes de verla. Una dama vestida de negro, el cabello recogido en una toca sin adornos, pálida, frágil y agostada por el dolor. Me miró un instante, susurró mi nombre y se arrojó en mis brazos. Nunca había abrazado tan estrechamente a aquella mujer, ni siquiera de niño. La apreté contra mí hasta cortarle la respiración. No podía hablar. Ella se apartó y me mantuvo a distancia, coloreadas sus blancas mejillas.

 -Roderick. Nuestro Señor ha escuchado mis oraciones. Bendito seas.

 -Bendita vos, madre.

 Los servidores, que entretanto se ocupaban de las viandas, se quedaron sumamente sorprendidos de que el peregrino resultara ser el hijo del amo. Se inclinaron ante mí en respetuoso silencio. Mi madre nos acompañó en la mesa mientras sus mujeres tomaban su cena en el bordador. Mi padre trinchó el asado de venado aromatizado con hierbas y escanció el vino rojo oscuro en nuestras copas de plata. Mi apetito había sufrido muchas alteraciones en los últimos tiempos; y después de lo que había contemplado, no podía soportar la carne. Mojé un pedazo de pan en la grasa y vacié mi copa en dos tragos.

 -¿Qué ha sido de ti en todo este tiempo, Roderick? ¿Qué hiciste después de intentar la Búsqueda del Grial?

 -He viajado y he combatido, pero también he podido estudiar y aprender verdades antiguas que ignoraba. He conocido hombres eminentes y eruditos y gentes vulgares y groseras. Pero las batallas son todas iguales: polvo, sudor y dolor. He recibido heridas gloriosas, estuve dos veces al borde de la muerte; pero he sobrevivido a todas las pruebas, otros no tuvieron tanta suerte. Me uní a un rey magnífico y valeroso que nos prometió gloria y honra que perdurarían por siempre; tras su muerte dejó de interesarme aquella lucha, él era Josué conduciéndonos a la victoria, los que se disputaban su herencia sólo eran ambiciosos sin carisma que no me inspiraban confianza. Y yo estaba ya cansado de luchas, ansiaba regresar y emprender una nueva vida.

 -¿Has tomado esposa en alguno de esos lugares, hijo mío?

 Sonreí brevemente a mi madre, sintiendo más dolor del que ella podía imaginar.

 -No, dulce madre. No me he casado.

 -Escucha, Roderick. Lady Sigrid, la prometida de Paul, sigue soltera. Deberías desposarla y perpetuar el nombre de la familia. Solo quedas tú.

 Volví a llenar mi copa y bebí con el ceño fruncido. Una dama de Ginebra. Jamás. Sin contar con que era muy posible que hubiera tenido intimidad física con mi pobre hermano.

 -Disculpadme, madre. Tal vez mi lenguaje os resulte rudo, pero he pasado demasiado tiempo entre hombres de armas y ahora soy más directo y menos cortesano. Jamás desposaré a esa noble damisela, sería contranatura y repugna a mi ánimo la idea de llevar a mi lecho a la que estaba destinada a mi hermano. La mujer que venga a mi casa deberá estar libre de toda sombra de duda sobre su pureza. Soy un hombre de veinticinco años, he visto muchas cosas y no he vivido en santidad; pero una esposa para el hogar nunca debe elegirse al azar. Por otra parte, me sorprende que una noble normanda haya estado a punto de pertenecer a nuestra casa.

 Mi madre bajó los ojos, algo avergonzada de mi discurso. Mi padre parecía irritado. ´ -¿No estás de acuerdo en que normandos y sajones debemos convivir en armonía en esta tierra, Roderick? ¿Acaso no has combatido codo con codo con guerreros normandos?

 -En efecto, padre. Y aprendí a despreciarlos por su rudo engreimiento. Naturalmente no tengo nada contra Lady Sigrid, siempre y cuando favorezca a otro con su dote y su belleza.

 Miré a mis ancianos padres y me sentí confuso. No era así como había imaginado nuestro reencuentro. Me pasé los dedos por el cabello lleno de polvo y sudor y cerré los ojos. Suspiré profunda y tristemente.

 -Realmente lo siento, nobles padres, pido vuestra clemencia. Realmente nunca volvemos al mismo lugar, aunque lo creamos así. Ansiaba tanto encontrarme a vuestro lado, abrazar a mis hermanos y compartir confidencias y risas con ellos -gruesas lágrimas me quemaron las mejillas- Y cada pregunta que deseo haceros aún ahondará más vuestro dolor por su pérdida. ¿Comprendéis? La imagen que tengo de ellos es la de dos muchachos risueños y llenos de vida, para mí acaban de morir en este instante.

 Mi madre se levantó, rodeando la mesa para acercarse a mí. Arrodillándose a mi lado tomó mis manos entre las suyas.

 -Roderick... No sufras, hijo mío. Todo está bien. Ellos se han ido, pero Nuestro Señor ha tenido misericordia permitiendo que al menos tú sigas vivo, aún hay esperanzas para nosotros. Yo me sentiré feliz hablándote de ellos, contándote todos mis recuerdos. Quédate unos días aquí, reposa antes de emprender tu nueva vida.

 Apoyé mi frente en la suya, agradecido por su presencia y sintiendo que mi corazón se descargaba un tanto de la pesadumbre que me embargaba. Ella no tardó en retirarse y quedamos solos mi padre y yo. El noble señor me ofreció un vino especial que mandó traer de la bodega y frutos secos macerados en hidromiel.

 -¿Puedes quedarte con nosotros, o te reclaman tus asuntos?

 Yo me encogí de hombros y bebí un trago, paladeando el contenido de mi copa.

 -Mis asuntos pueden esperar unos días más, supongo. Tengo que ir a la Marca para verificar el buen estado de mis propiedades y comprobar los libros de cuentas; después, a Camelot a presentar mis respetos al rey y renovar mi promesa, no en vano pertenezco a su casa. ¿Podéis darme noticias de la Corte?

 -Solo voy a Camelot cuando es imprescindible, pero estoy al tanto de lo más importante. La Búsqueda finalizó, pero no todos volvieron. Hubo enfrentamientos entre Compañeros y algunos de ellos resultaron muertos.

 -¡Dios mío! No se reconocieron y se atacaron entre ellos por una confusión de distintivos. Que el Señor se apiade de nosotros. Eso me parece un signo de mal agüero.

 -El rey quedó muy trastornado. Ordenó nuevos caballeros para la Mesa Redonda, en sustitución de los que habían muerto; si hubieras estado aquí, tu nombre hubiera sido el primero en ser pronunciado. Boores fue el único superviviente de los tres que contemplaron el Grial, el único que pudo dar detalles de la Sagrada Visión.

 -¿Cuándo volvió?

 -Un par de años después de la partida.

 Yo reí con amarga ironía. No había conseguido estar en el lugar adecuado cuando era necesario. Tarde para la Mesa Redonda. Tarde para la Aventura del Grial. Tarde para intentar reparar mi error y buscar a Mahaut y a Ida.